

FOTO DE PÁGINAS EN BLANCO

El hombre se echó el sombrero hacia atrás - con más chulería de la conveniente, a su juicio, y pensó para sí "todos sois de la misma escuela, no lo sabéis disimular" pero no dijo nada -, se rascó el sobaco derecho con la ma no izquierda y, con la otra...

-No me toque los huevos, sargento, por favor.

Pero él siguió acariciándolos con los ojos entornados y la lengua asomándole por la comisura de la boca un poco ladeada.

-Sargento - mirándolo con cara de perplejidad y la respiración aún jadeante -, ¿me está oyendo?

-Ah - soltándolos con celeridad, igual que si le hubiera n dado calambre y explicando -: es que no soy sargento.

-Ni los huevos míos. Pero aun así, no me los toque.

-Está bien - dijo, y se puso a hacer pucheros -; no sa bía que iba a molestarle...

-No es que me haya molestado - replicó, ya apenas jadea ba -, y comprendo que usted hace exactamente lo que procede, pero...- miró en torno con expresión desconcertada, medio afligida, sosteniendo con irresolución una teta en cada mano y lamentando en silencio "son demasiado grandes" - pero... oh, ¡estamos tan apretados!...Ayúdeme, ¿quiere?

-¡Claro! - pero no abandonó los pucheros ni hizo el menor movimiento para dejar de darle la espalda -, para eso he venido, pero, ustedes, todos, se comportan de manera tan suspicaz...

-¿Suspicaz?...¡Niño! - llamó en voz muy alta, y adapta n do otra vez el tono normal -, nos comportamos de una manera suspicaz cuando ustedes, usted y sus hombres irrumpen aquí y ...¡niño, ven a ayudarme con estas tetas, por favor!

-No vendrá - dijo él, volviéndose sí ahora -, los críos ya se sabe cómo son, no pensando otra cosa que en jugar... pero, si usted quiere, con mucho gusto yo le echo una mano - mirando con codicia lo que las de ella sujetaban.

-Ya se lo pedí - reprochó - pero, usted, con los puche ros...

-Me dejé llevar por la nostalgia - se justificó -, en